



## Puentes, túneles y caminos: los andares del zapatismo civil mexicano en la construcción de autonomías

Juan Diez<sup>59</sup>

*“Porque un puente, aunque se tenga el deseo de tenderlo  
y toda obra sea un puente hacia y desde algo,  
no es verdaderamente puente mientras los hombres no lo crucen.  
Un puente es un hombre cruzando un puente, che”.*  
Julio Cortázar, «El libro de Manuel»

En el marco del Festival Mundial de las Resistencias y las Rebeldías contra el Capitalismo, el pasado primero de enero se conmemoraron 21 años del levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Sin embargo, la génesis de ese acontecimiento se sumerge al menos una década atrás en las espesuras de la Selva Lacandona, e incluso pueden rastrearse desde antes algunos procesos y redes que confluyen en la formación del EZLN. A lo largo de todos estos años, el zapatismo se ha caracterizado por una trayectoria de transformaciones como uno de sus rasgos más distintivos, recorriendo distintos caminos, mostrando diversas caras e impulsando una multiplicidad de reivindicaciones a distintas escalas, no sin tensiones y contramarchas. Con todo, a partir del propio devenir y de la interacción con otros actores la construcción de la autonomía se ha vuelto el corazón de la experiencia zapatista y la piedra angular de la dinámica de un amplio movimiento que se articula con, y va más allá de, el EZLN. El propio proceso de construcción del EZLN llevó a entrelazarse, primero, con procesos y grupos altamente politizados en las comunidades indígenas en Chiapas y, luego del alzamiento de 1994, con una diversidad de organizaciones políticas y sociales, intelectuales y personas que se sintieron interpelados por el EZLN.

En este texto no pretendemos realizar un recorrido detallado de todos estos años de lucha y construcción de autonomías, sino destacar algunos procesos y actores de lo que Guiomar Rovira (2005) denomina *zapatismo civil mexicano*.<sup>60</sup> Nos centraremos especialmente en el papel que han jugado –junto al EZLN y las comunidades indígenas zapatistas en rebeldía– distintas organizaciones, colectivos y personas a lo largo y ancho de México en la construcción de autonomías. Tanto en la manera en que esos actores han contribuido a dar forma al proyecto político, los procesos autonómicos y al zapatismo mismo, como los modos en que se han nutrido, han retomado y han resignificado varios planteamientos zapatistas para enriquecer sus propias prácticas y experiencias. El enfoque puesto en el movimiento zapatista en su conjunto, y no sólo en

<sup>59</sup> Es Licenciado en Ciencia Política (UBA), Magíster en Estudios Latinoamericanos (UNSAM), doctorando en Ciencias Sociales (UBA). Se desempeña como docente de la materia Política Latinoamericana de la UBA y como investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC).

<sup>60</sup> Para Rovira, varias de las estrategias zapatistas y su amplia resonancia no pueden entenderse tomando en cuenta solamente al EZLN. A partir del alzamiento armado, diversos actores de la sociedad mexicana y del resto de mundo se sintieron interpelados, se movilizaron y actuaron en sintonía con el EZLN. De ahí que conviene distinguir analíticamente entre: el *zapatismo civil*, conformado por las comunidades indígenas de Chiapas; el *zapatismo civil ampliado mexicano*, como movimiento social disperso compuesto por una gran heterogeneidad de sectores y grupos que se han movilizad, han participado en varias actividades en apoyo o conjuntamente con el EZLN y actualmente varios también vienen desarrollando experiencias autonómicas; y el *zapatismo transnacional*, integrado por colectivos, grupos y personas de otros países del mundo que se hacen eco y reinterpretan el discurso zapatista de acuerdo a las realidades y luchas locales. En este texto no abordamos la dimensión transnacional que, en general, no presenta las tensiones que atraviesan a los grupos dentro de México más obligados a tomar postura frente a la coyuntura y a actuar en la compleja realidad nacional.



el EZLN y las comunidades indígenas zapatistas, busca justamente poner el énfasis en la necesaria interacción y articulación de los distintos actores, procesos, luchas, dimensiones y escalas, evitando verlos de manera aislada.

### **Desde el subsuelo a la tribuna más alta de la nación**

En el amanecer del primer día de 1994 un grito emergió desde las profundidades de la Selva Lacandona en el sureño estado mexicano de Chiapas y se escuchó en todo México y más allá de sus fronteras, poniendo en cuestión el triunfalismo del discurso neoliberal de entonces. Desde esos sectores promotores del “fin de la historia”, bien podrían haberse oído las mismas palabras que 81 años antes exclamó alarmado un diputado huertista ante el avance hacia la Ciudad de México de Emiliano Zapata y el Ejército Libertador del Sur: “es sencillamente la aparición del subsuelo que quiere borrar todas las luces de la superficie” (Citado por Monsiváis, 1986).

Esa imagen del subsuelo coincide en cierto sentido con el señalamiento de Carlos Montemayor de que la organización armada del EZLN no es más que la “punta de un iceberg” (Montemayor, 1998), la manifestación más resonante y visible del entramado de múltiples procesos de un movimiento indígena campesino más amplio. Luego de algunos intentos previos, en noviembre de 1983 un reducido grupo de las Fuerzas de Liberación Nacional se estableció en la Selva Lacandona y fundó el EZLN como frente de una estructura organizativa más amplia. Al principio tuvo muchas dificultades para entrar en contacto con las comunidades, puesto que el discurso marxista del grupo armado chocaba contra las concepciones y universos culturales de las comunidades indígenas. Esto significó una primera “derrota” del EZLN (Le Bot, 1997), una transformación y el comienzo de una dinámica que después volvería a utilizar en otras ocasiones. A medida que el trabajo del grupo guerrillero entró en contacto con las comunidades, fue entrecruzándose con varias redes organizativas civiles y sus liderazgos que se habían venido conformando desde los años sesenta y fueron creando las bases para una revalorización de las identidades étnicas y de ciertas prácticas como la toma de decisiones en asamblea, resignificando incluso la idea misma de comunidad entre los pueblos indígenas de la selva. El EZLN es resultado, así, de años de arduo trabajo organizativo subterráneo en el que se entretejieron diversas vertientes ideológicas y procesos históricos –las propuestas de liberación de las comunidades eclesíásticas, las luchas agrarias, las cosmovisiones indígenas, los movimientos estudiantiles y el marxismo-leninismo– pero que dieron lugar al surgimiento de algo distinto a cada uno de ellos (Hernández Navarro, 2000).

Todo ese trabajo no sólo fue la condición de posibilidad del alzamiento, sino que también hizo que existieran ciertas concepciones y dinámicas previas que permitieron al EZLN afrontar una segunda “derrota” ante las movilizaciones de diferentes sectores de la sociedad los primeros días de 1994 que, si bien reconocían la legitimidad de las causas y demandas, rechazaban la vía armada. Como reacción a ese (des)encuentro los zapatistas modificaron su estrategia, dejando de lado la opción armada, volcándose a un accionar más político y favoreciendo de esa forma el surgimiento del movimiento zapatista. A través de un discurso dialógico y prácticas novedosas, que apelan a referencias y herencias políticas yuxtapuestas dando forma a una voz colectiva polifónica y una identidad multifacética, ha permitido generar múltiples resonancias y convergencias de diferentes grupos y demandas (Rovira, 2005). Así han logrado tender puentes de cercanía e identidad con diversas organizaciones, permitiendo identificarse con el zapatismo, pero sin negar los rasgos particulares. Por el contrario, las acciones y palabras zapatistas son retomadas y resignificadas por distintos grupos, sus luchas y demandas locales, transformándolas y enriqueciéndolas en dicho proceso. Recurriendo justamente a la imagen de *puente*, el EZLN da su propia definición:



El zapatismo no es una nueva ideología política, o un refrito de viejas ideologías. El zapatismo no es, no existe. Sólo sirve como sirven los puentes, para cruzar de un lado a otro [...] Cada quien tiene su uno y otro lado. No hay recetas, líneas, estrategias, tácticas, leyes, reglamentos o consignas universales. Sólo hay un anhelo: construir un mundo mejor, es decir, nuevo (EZLN, 1996).

Fue también producto de esta dinámica de interacción con distintas organizaciones indígenas que los zapatistas fueron esbozando más claramente las demandas indígenas y su proyecto autonómico, que no estaban presentes al momento del alzamiento.<sup>61</sup> Quizás la mesa sobre derechos indígenas en el marco de las negociaciones entre el EZLN y el gobierno en el poblado tzotzil de San Andrés durante 1995 y 1996 fue una de las expresiones más claras del *zapatismo civil mexicano* en acción. Para dicha mesa, los zapatistas no se centraron en negociar sus demandas particulares, sino que abrieron el debate al invitar como “asesores” a un amplio y variado conjunto de organizaciones indígenas, académicos e intelectuales que aportaron diversos planteamientos y puntos de vista sobre el tema. De esta manera, no sólo se concluyó con la firma de los Acuerdos de San Andrés tendientes a establecer una nueva relación entre el Estado y los pueblos indígenas, sino que lograron involucrar a distintos actores de la sociedad, colocando la cuestión de los derechos, las culturas indígenas y las autonomías en el centro de la escena nacional.

Además, permitió que entre los participantes se fueran tejiendo redes de acción y comunicación a partir del desarrollo de distintos foros indígenas –también convocados por los zapatistas– que terminaron dando lugar a la creación del Congreso Nacional Indígena (CNI) a fines de 1996. El CNI emergió así de la confluencia de diversas comunidades, pueblos y organizaciones indígenas, algunas con experiencias de articulación nacional previas, provenientes unas de las luchas agrarias y reivindicaciones económicas, otras del impulso de demandas étnicas, articuladas en torno a la exigencia de cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés y la independencia del Estado y de los partidos políticos.

Pero dicho proceso tampoco se detuvo ahí. Pese al incumplimiento de los acuerdos por parte del gobierno y a los múltiples cercos<sup>62</sup> impuestos al zapatismo, durante los siguientes cuatro años la iniciativa de ley elaborada por la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa)<sup>63</sup> a partir de los Acuerdos de San Andrés fue debatida por pueblos indios, legisladores, juristas, antropólogos y organizaciones sociales. La Consulta Nacional por los Derechos y la Cultura Indígenas lanzada en 1999 significó un gran esfuerzo organizativo por parte de distintos grupos y organizaciones sociales mexicanas no sólo para llevarla a cabo, sino también para recibir a los delegados zapatistas, transportarlos, permitiendo asimismo conocerse mejor, expresar intereses comunes y estrechar vínculos políticos entre dichas organizaciones y con el EZLN.

---

<sup>61</sup> Esto no hay que verlo como una estrategia producto del oportunismo político, de la “ductilidad de Marcos para modificar la imagen del EZLN” (Pitarch, 1998:8), ni tampoco le resta originalidad a la experiencia zapatista. Por el contrario, muestra la riqueza y singularidad de la propia dinámica del zapatismo como movimiento complejo y multifacético de redes que se tejen en torno a, y transforman, los planteamientos zapatistas.

<sup>62</sup> Frente a estos encuentros promovidos por los zapatistas, la estrategia del gobierno mexicano fue la construcción de múltiples cercos: *militar* con bases y fuerte presencia del ejército federal alrededor de la zona zapatista en Chiapas; *paramilitar* con el apoyo directo o indirecto a grupos paramilitares, cuya expresión más cruda fue la matanza de Acteal en 1997; *económico* con la distribución de ayuda selectiva y la construcción de infraestructura para fomentar los conflictos inter e intracomunitarios; *político* a través tanto del apoyo a organizaciones e interlocutores indígenas para evitar la expansión del zapatismo hacia otras regiones del país como del impulso de reformas políticas, como las de 1996, tendientes a restarle legitimidad y aliados al EZLN (Pérez Ruiz, 2006).

<sup>63</sup> La Cocopa se formó en marzo de 1995, con miembros de los distintos partidos políticos representados en el Congreso federal, en el marco de la Ley de Concordia y Pacificación de Chiapas.



Sobre esa base, a principios de 2001 los zapatistas buscaron cerrar el ciclo por el reconocimiento legal de los derechos indígenas al impulsar la Marcha por la Dignidad Indígena para reclamar al Congreso una reforma constitucional en materia indígena. Pese al masivo apoyo demostrado durante la marcha, especialmente con las más de 200 mil personas que colmaron el Zócalo de la Ciudad de México, y de las potentes palabras de la comandante Esther en el Congreso “desde la más alta tribuna de la nación”, la reforma aprobada en el Congreso federal a fines de abril de 2001 fue totalmente contraria a los Acuerdos de San Andrés. Legisladores de todos los partidos políticos traicionaron las demandas indígenas que contaban con importante consenso en la sociedad. El desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena marcó un punto de inflexión en los caminos recorridos hasta entonces por el zapatismo. Esta nueva “derrota”, al igual que las anteriores, también significó una nueva transformación.

### **Un puente que se vuelve múltiples caminos**

Para los zapatistas, la sanción de la reforma indígena significó la clausura de la vía de negociación con el gobierno y con el sistema político mexicano en su conjunto. Siguió un poco más de dos años de silencioso trabajo subterráneo de consultas con las comunidades zapatistas sobre el camino a seguir y un profundo proceso de reestructuración de los municipios autónomos, para finalmente reemerger en agosto de 2003 y dar un gran salto adelante en la construcción de autonomía con la creación de los caracoles y las Juntas de Buen Gobierno (JBG). Los zapatistas decidieron así avanzar en los procesos autonómicos, ya no a través de la vía del reconocimiento legal, sino en los hechos sin pedir permiso.

No sin dificultades y en medio de un contexto atravesado por estrategias de contrainsurgencia que van desde incursiones militares, conflictos comunitarios y despojo de tierras por parte de grupos civiles y paramilitares en connivencia con agencias estatales, los pueblos zapatistas no sólo consiguieron seguir resistiendo, sino que han ido más allá al tomar los distintos asuntos de las comunidades en sus propias manos bajo el principio de *mandar obedeciendo*. No se trata simplemente de invertir la relación tradicional de representación, donde mande el pueblo y el gobierno obedezca, sino de una dinámica sociocultural que trasciende los aspectos políticos, buscando transformar las relaciones en todas sus dimensiones. Junto a la construcción de las distintas instancias de autogobierno, también han avanzado en la impartición de justicia para resolver asuntos internos, en el desarrollo de cooperativas productivas, y especialmente en la construcción de sistemas de salud y educación propios. Con todo, el desafío es construir, en las prácticas cotidianas “a ras del suelo” (Baschet, 2014:55), relaciones y formas políticas no estatales. Prácticas y estructuras que no sólo varían de caracol a caracol, en las distintas comunidades, sino que se van modificando con el andar, con el aprendizaje de ensayo y error. Se da, así, una reinterpretación constante de los procesos autonómicos, en un movimiento permanente de inventar sus propias formas y reinventarse.<sup>64</sup>

Pero, por otro lado, la estructuración de estos procesos autonómicos, a través de la interacción compleja entre las distintas instancias comunitaria, municipal y de las JBG permite pensar en un mayor grado aun de coordinación entre experiencias autónomas. Como plantea Díaz-Polanco, la relevancia de las JBG radica “en que trasciende o puede trascender la particular realidad chiapaneca” (Díaz-Polanco, 2006:46). La construcción de instancias regionales es una expresión

---

<sup>64</sup> Estos procesos no son ideales, ni están exentos de tensiones, como los mismos zapatistas lo reconocen: “no siempre todo es horizontal, pues algunos tienen que dar las iniciativas; no todo nace del pueblo, pero la decisión es del pueblo” (Citado por Baschet, 2014:58). Los procesos autonómicos zapatistas combinan formas de horizontalidad y verticalidad, ésta última dada también por su vinculación con la estructura militar del EZLN.



clara de que las experiencias de autonomía no pueden concebirse como pequeñas islas, sino que requieren que se articulen con otras luchas. Y así lo reconocieron los propios zapatistas en la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, dada a conocer en junio de 2005, al sostener que un “nuevo paso adelante en la lucha indígena sólo es posible si el indígena se junta con obreros, campesinos, estudiantes, maestros, empleados” (EZLN, 2005). Para lo cual anunciaron la realización de un recorrido por todo México para conocer, escuchar y aprender de las distintas luchas contra el capitalismo en el marco de una campaña nacional con otra política, más conocida como la *otra campaña*.<sup>65</sup>

Aprovechando la legitimidad y consiguiente poder de convocatoria del EZLN, la *otra campaña* dio impulso para la convergencia y la conformación de redes entre los diversos grupos, que hubieran sido mucho más difíciles de promover desde esos mismos grupos por separado. La imagen de *punte* tan recurrente en la producción discursiva del zapatismo volvió a aparecer, pero con diferencias: “El EZLN puede ser el puente interno, ya no para que el resto del país o del mundo conozca a las comunidades indígenas, sino para que el resto del país o del mundo se conozca a sí mismo, abajo, por donde está” (Subcomandante Marcos, 2007:70). Si bien la diversidad de historias, procesos organizativos, posicionamientos –no exentos en algunos casos de dogmatismos y sectarismos– generaron algunas tensiones y divisiones, también los trabajos de organización y la realización de diversas actividades durante la *otra campaña* hicieron que varias organizaciones y colectivos se encuentren y trabajen de forma conjunta, incluso sin la presencia o participación directa del EZLN.<sup>66</sup>

Así, el puente zapatista se ha vuelto múltiples caminos por los que se expande y entrecruzan diversas experiencias autonómicas, en diferentes puntos de la amplia geografía mexicana. En el marco mismo del recorrido de la *otra campaña*, en enero de 2007 el pueblo triqui decidió conformar un municipio autónomo en San Juan Copala en medio de la sierra mixteca en Oaxaca. En asamblea comunitaria decidieron no seguir bajo las órdenes del gobierno y elegir sus propias autoridades, crear una policía comunitaria y cooperativas de mujeres. Si bien esta experiencia fue prácticamente sofocada a los pocos años, otras comunidades indígenas también se fueron organizando de forma autónoma, creando policías comunitarias para enfrentar situaciones violentas de despojo, frente al vacío de poder estatal. En 2008, los nahuas de Ostula en Michoacán se organizaron para oponerse al despojo de sus tierras comunales por parte de grupos locales vinculados con el narcotráfico y, tres años más tarde, en 2011, la comunidad purépecha de Cherán, también en el estado de Michoacán, decidió conformar una policía comunitaria para enfrentar la tala ilegal, al tiempo que rechazó a los partidos políticos y eligieron en asamblea comunitaria a sus

---

<sup>65</sup> La convocatoria no estuvo ya dirigida a una abarcativa y poco precisa sociedad civil –que en el pasado había generado ciertas polémicas por su ambigüedad y por la posible mistificación de la sociedad civil por parte del zapatismo– sino que recurrió a la noción de *izquierda política*. A su vez, la Sexta Declaración y la *otra campaña* ya no se orientó hacia las instituciones, las negociaciones con el sistema político o el reconocimiento legal. Ese camino quedó totalmente clausurado después del desenlace de la Marcha del Color de la Tierra. El cambio desde entonces está claramente pensado a nivel de las luchas, las prácticas y proyectos concretos, y su articulación construida desde abajo. La lucha zapatista se ubica así en un lugar preciso: “abajo y a la izquierda”. Pero también hubo un cambio significativo en la relación entre el EZLN y el resto de las organizaciones, colectivos y personas que conforman el zapatismo civil mexicano. A diferencia de la Declaración de la Selva Lacandona que termina con un “Intégrate a las fuerzas insurgentes del EZLN” o de la dinámica que venía dándose sobre todo con la Quinta Declaración donde los zapatistas pedían el apoyo a la lucha de los pueblos indios, la propuesta de la otra campaña es ir estableciendo acuerdos, ir uniando las diversas luchas, ir aprendiendo, nutriéndose y complementándose con las diferentes experiencias.

<sup>66</sup> En septiembre de 2007, producto del aumento de los hostigamientos contra las comunidades zapatistas y la militarización de importantes regiones de México a partir de la guerra contra el narcotráfico y el crimen organizado lanzada por el gobierno de Felipe Calderón, la delegación del EZLN suspendió el recorrido de la *otra campaña* y regresó a Chiapas.



propias autoridades. Todos estos pueblos forman parte y contaron con el apoyo del CNI así como participaron del proceso de la *otra campaña*, de tal manera que sus experiencias de construcción de autonomía, cada una con sus particularidades, no pueden pensarse fuera de dicho proceso por más que en el caso de Ostula y Cherán se hayan constituido tiempo después de que los zapatistas hubieran regresado a sus comunidades. Esos espacios y redes han seguido funcionando, resultando una instancia fundamental para intercambiar experiencias, impulsar sus proyectos autonómicos, coordinarse para llevar adelante acciones comunes o enfrentar la represión y las persecuciones. Como lo destacan autoridades autónomas de San Juan Copala: “es bastante difícil lograr los objetivos que nos planteamos si cada quien va a actuar solo” (Citado por Gasparello y Quinta Guerrero, 2010:284).

Estas experiencias, a su vez, se suman y vinculan con otras previas, pero que también surgieron o se consolidaron al calor del zapatismo, como es el caso de las más de 60 comunidades articuladas a la Coordinadora Regional de Autoridades Autónomas (CRAC)-Policía Comunitaria de Guerrero, que ya tiene un largo camino recorrido desde que empezaron a organizarse en 1995 y construir sistemas de seguridad y justicia comunitarias. Asimismo, la construcción de autonomías sigue distintos caminos, en distintos lugares de México, no limitándose a las comunidades indígenas rurales, sino que también se ha abierto paso entre el cemento de las ciudades, incluso en la megápolis de la Ciudad de México. Ahí, el Frente Popular Francisco Villa Independiente (FPFVI) viene construyendo desde hace más de 25 años comunidades urbanas en una decena de asentamientos a partir de la toma de tierras y la construcción de viviendas autogestionadas. Pero no se queda ahí su proyecto, sino que a través de la organización, la cooperación y la toma de decisiones en asambleas en las que participan toda la comunidad han ido avanzando en la construcción de espacios culturales, de un sistema de seguridad interno, una radio propia y talleres de formación en lo que ellos mismos definen como un proyecto que “no es solo un proyecto de vivienda sino un proyecto de vida” (Lao y Flavia, 2009). Desde el alzamiento zapatista, el FPFVI ha participado en distintas iniciativas zapatistas, recibiendo en sus asentamientos a los zapatistas en distintas ocasiones<sup>67</sup> y teniendo una participación destacada en la organización de la *otra campaña*. A partir de ese proceso –o, mejor, ante cierto repliegue de la *otra campaña* a partir de 2009– el FPFVI, las CRAC-Policías Comunitarias de Guerrero, junto a otras organizaciones y colectivos tanto que participaron en la *otra campaña* como otros que no,<sup>68</sup> decidieron conformar la Red de Resistencia Autónomas Anticapitalistas (RRAA) como instancia de articulación y movilización, de intercambio de saberes, de fortalecimiento organizativo y de defensa frente a la represión.<sup>69</sup> La construcción de la RRAA es

---

<sup>67</sup> La más reciente de las veces fue durante el Festival Mundial de las Resistencia y las Rebelías contra el Capitalismo, entre diciembre de 2014 y enero de 2015, donde el FPFVI recibió a los zapatistas, al CNI y a las madres, padres y familiares de los 43 normalistas de Ayotzinapa desaparecidos, junto a decenas de otros colectivos, organizaciones y pueblos indígenas de todo México.

<sup>68</sup> La RRAA está compuesta por Acción Directa Autogestiva (ADA) de Puebla, Alianza Mexicana de Organizaciones Sociales (AMOS) del DF, Asociación un Salto de Vida de Jalisco, Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer “Elisa Martínez” del DF, Colectivo Arquitectura del DF, Comité Estudiantil Metropolitano (CEM) del DF, Consejo de Ejidos y Comunidades Opositores a la presa La Parota (CECOP) de Guerrero, Consejo Autónomo Regional de la Zona Costa de Chiapas (CARZCCH), Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias, Policía Comunitaria (CRAC-PC) de Guerrero, Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y Agua Puebla, Tlaxcala (FPDTAPT), Frente Popular Francisco Villa Independiente UNOPII (FPPFVI-UNOPII) del DF y Tamaulipas, Frente de Pueblos del Anáhuac, Tláhuac del DF, Jóvenes en Resistencia Alternativa (JRA) del DF, Organización Campesina Emiliano Zapata Democrática Independiente (OCEZDI) de Chiapas, Radio Ñomndaa “La palabra del agua” de Guerrero, Unión Popular José María Morelos y Pavón (UPJMMP) de Edomés y Agencia Autónoma de Comunicación Subversiones del DF.

<sup>69</sup> La RRAA surge así del aprendizaje colectivo, como “resultado indirecto de la *otra campaña*, porque muchos de los principios están ahí emulados y el espíritu también está ahí [...] pero cambiamos el método, no fue una convocatoria pública, no fue masiva, la diseñamos en el formato de educación popular” (Entrevista con Enrique Pineda, de Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2014).



una expresión clara de cómo las iniciativas zapatistas abren nuevos espacios, politizan a otras organizaciones, potencian redes, que incluso desbordan al zapatismo. Tal como sostiene Massimo Modonesi (2013), si bien en los años posteriores a la *otra campaña* el movimiento zapatista puede que hubiera perdido centralidad e incluso algunos hablaran de su desaparición, más bien conviene hablar de una difusión, una “volatilización del zapatismo” que permite traducirlo, recrearlo bajo otras formas y denominaciones.

### Algunas reflexiones finales

Maristella Svampa y Sebastián Pereyra (2003) recurren a las imágenes del *punte* y la *puerta* tomadas de George Simmel para pensar el derrotero de los movimientos de trabajadores desocupados en Argentina. El *punte* representa la idea de vínculo, el momento instituyente, mientras que la alegoría de la *puerta* supone la noción del cierre, del repliegue, aun si implica un momento de apertura originaria. Frente a la crisis de representación y la ruptura de las mediaciones de los primeros estallidos de mediados de los noventa, entre las primeras protestas de trabajadores desocupados emergía la demanda de inclusión, de un *punte* que recrease un nuevo pacto social. En cambio, el estallido de 2001 está representado por la imagen de la *puerta*, donde los movimientos plantean la separación con respecto al sistema político bajo la consigna “que se vayan todos”, pero que también va a suponer el comienzo del repliegue de dichos movimientos, un repliegue sobre sí mismos. Las imágenes del *punte* y la *puerta* parecerían evocar lo que varios autores plantean como el eterno dilema de las organizaciones y movimientos sociales entre la integración al sistema político o el aislamiento. Podríamos pensar en un paralelismo –incluso con cierta coincidencia en las fechas– en el recorrido del movimiento zapatista, entre, por un lado, un primer momento de reclamo de reconocimiento legal de los derechos indígena y la firma de los Acuerdos de San Andrés que establecían una nueva relación entre el Estado y los pueblos indios y, por otro, el desenlace de la Marcha de la Dignidad Indígena en 2001 y la decisión de cerrar toda vía de negociación con el Estado y el sistema político mexicano en su conjunto. Aunque, desde nuestro punto de vista, en el caso del zapatismo, a partir de entonces no ha habido un cierre total sobre sí mismo. Conviene pensar en una tercera imagen: el *camino* o, mejor, los *caminos*<sup>70</sup> que fueron construyendo de manera autónoma a partir de la experiencia zapatista “a ras del suelo” en las comunidades de Chiapas, junto a diversas y polifónicas experiencias de construcción de autonomía en otras partes de México. Construcciones –a veces silenciosas y fuera de la mirada de los grandes medios masivos de comunicación– ancladas en la vida cotidiana y en el nivel local, pero que no se piensan como islas, sino que en todos los casos han buscado articularse, entrecruzando los caminos.

Las experiencias de construcción de autonomías siguen así distintos caminos que guardan relación con procesos históricos, políticos y organizativos particulares. Aunque todas coinciden en la búsqueda de construir desde abajo prácticas, espacios e instituciones con capacidad para tomar sus propias decisiones, al tiempo que modifican los modos de relacionarse con otras luchas y con el resto de la sociedad, al ir tendiendo puentes para compartir experiencias. En todos los casos, la tarea primordial de estas luchas es la reconstrucción de la vida social desde los cimientos, *recuperar o construir comunidad*, tal como lo sostienen las distintas experiencias.

No sólo se han ido construyendo puentes, caminos y redes subterráneas que unen las distintas luchas, sino que también no son pocas las veces que se han cruzado esos puentes, caminos y túneles para encontrarse, aprender de las otras experiencias y enriquecerse entre todos. Se trata de diferentes experiencias, algunas que vienen desde antes del alzamiento de 1994, otras cuyo origen

<sup>70</sup> Como los mismos zapatistas aluden ya desde el título en su texto “Los zapatistas y la otra: los peatones de la historia” (EZLN, 2006).



es más reciente, aunque en todos los casos se nutren del zapatismo y de las luchas de años llevadas adelante por los pueblos indígenas y otras organizaciones populares, articulándose en diferentes espacios y redes, que a su vez se intersectan entre sí, se expanden, recrean y desbordan al propio zapatismo.

### **Bibliografía**

- BASCHET, Jérôme (2014), *Adiós al capitalismo. Autonomía, sociedad del buen vivir y multiplicidad de mundos*, Futuro Anterior Ediciones, Buenos Aires.
- DIAZ-POLANCO, Héctor (2006), “Caracoles: la autonomía regional zapatista”, en *El Cotidiano*, vol. 21, N° 137, México, pp. 44-51.
- EZLN, Documentos y comunicados disponibles en: <http://palabra.ezln.org.mx>
- GASPARELLO, Giovanna y QUINTANA GUERRERO, Jaime (2010), *Otras geografías. Experiencias de autonomías indígenas en México*, Redez tejiendo la utopía, México.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Luis (2000), “Zapatismo: la interacción del color”, en *El Cotidiano*, vol. 16, N° 100, México, pp. 58-70.
- LAO, Waldo y FLAVIA, Anna (2009), “El Frente Popular Francisco Villa Independiente no es sólo un proyecto de organización, es un proyecto de vida”, entrevista a Enrique Reynoso miembro del FPFVI, en *Rebelión*.
- LE BOT, Yvon (1997), *El sueño zapatista*, Plaza & Janés, Barcelona.
- MODONESSI, Massimo (2013), “De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México”, en *OSAL*, Año XIV, N° 33, Buenos Aires, pp. 163-178.
- MONSIVÁIS, Carlos (1986), “La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución Mexicana”, en *El Gallo Ilustrado*, N° 1236 y 1237, México.
- MONTEMAYOR, Carlos (1998), *Chiapas. La rebelión indígena de México*, Joaquín Mortiz, México.
- PEREZ RUIZ, Maya Lorena (2006), “El EZLN y el retorno a su propuesta radical”, en *Cultura y representaciones sociales*, Año 1, N° 1, México, pp. 33-65.
- PITARCH, Pedro (1998), “Zapatistas. De la revolución a la política de la identidad”, en *América Latina Hoy*, N° 19, Salamanca, pp. 5-11.
- ROVIRA, Guiomar (2005), “El zapatismo y la red transnacional”, en *Razón y palabra*, N° 47.
- SUBCOMANDANTE MARCOS (2007), “Balance de la Otra campaña (diciembre de 2006)”, entrevista de Raymundo Reynoso, en *Contrahistorias* N° 8, México, marzo-agosto, pp. 57-72.
- SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Editorial Biblos, Buenos Aires.





# EVERARDO

Rodríguez Bello 21 años

